

FOUCAULT Y EL GOBIERNO DE LAS IMÁGENES

Foucault and the government of images

Mauricio Amar¹

Universidad de Chile

mauricioamar@gmail.com

Resumen

El análisis de la obra de Michel Foucault ha sido prolífico en entender su mirada sobre la aparición de enunciados discursivos, dejando de lado, salvo excepciones, el problema de las imágenes en este pensador. Aunque considerados como dos ámbitos separados e irreductibles entre sí, el discurso y la imagen no sólo se complementan sino que dan forma al *a priori* histórico en el que es posible decir algo. Un *a priori* construido por las relaciones de poder, que puede ser comprendido a través de paradigmas visuales como el panóptico o las heterotopías. Lo que resulta importante en el pensamiento de Foucault sobre las imágenes es el lugar decisivo que ocupa el orden. Al igual que en el discurso, tanto si el orden se presenta de un modo opresivo, puede ser también dispuesto de otra manera.

Palabras clave: Foucault, imágenes, panóptico, heterotopías, paradigma

¹ Sociólogo y Doctor en Filosofía por la Universidad de Chile.

² Foucault dirá que “donde hay poder, hay resistencia, y no obstante (o mejor: por lo mismo), ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder” y que “los puntos de resistencia están presentes en todas partes dentro de la red de poder. Respecto del poder no existe, pues, un lugar del gran Rechazo –alma de la revuelta, foco de todas las rebeliones, ley pura del revolucionario” (2002: 116).

Abstract

The analysis of the work of Michel Foucault has been prolific in understand his look on the occurrence of discursive statements, leaving aside the problem of the images. Although considered two separate areas and irreducible to one another, speech and image not only are complements but they also shape the historical *a priori* where it is possible to say something. *A priori* constructed by power relations, which can be understood through visual paradigms as the panopticon or as the heterotopias. What is important in Foucault's thought about the images is the crucial place of the order. As in the speech, whether the order is submitted in an oppressive manner, it can also be arranged differently.

Keywords: Foucault, images, panopticon, heterotopias, paradigm

Ver y hablar *en el poder*

Quizás la influencia más relevante de Michel Foucault sobre el campo de los estudios de la cultura sea la elaboración de una mirada epistemológica que escarba en los enunciados de una época para dar cuenta de la condición de posibilidad de un discurso determinado. La “arqueología”, que vino a conquistar un lugar desde los márgenes de la filosofía y en franca oposición a la dominante Historia de las Ideas, se ha concentrado, más allá de Foucault, en el análisis de la palabra escrita, descifrada como archivo, olvidando muchas veces un campo irreductible a las palabras que corresponde al de las imágenes. Sin embargo, el propio Foucault sintió un gran interés por obras pictóricas, llegando a escribir un potente ensayo sobre la obra del pintor surrealista René Magritte, *Esto no es una pipa*. Si bien el lenguaje y la imagen son, como se

ha dicho, campos irreductibles el uno al otro, entre ambos existe una relación que les hace existir en la diferencia, lo que significa, sobre todo, que varios de los aspectos que Foucault identificó como articulaciones del poder en el campo del lenguaje adquieren importancia también para las imágenes. Si descubrimos potencialidades en el campo de la imagen, estas podrían incidir también en el ámbito lingüístico. Y eso es lo que trataremos de ver aquí.

Al menos en lo que respecta al lenguaje, los lectores más agudos de Foucault han hecho hincapié en ciertos diques para una interpretación emancipatoria de sus textos, especialmente porque el poder aparecería como la fuerza que lo articula todo, precisamente el punto de enlace entre los regímenes discursivos y los regímenes de visión. En tanto el poder ordena ambos regímenes hace posible cualquier tipo de enunciación y visión, incluso la propia resistencia que es inherente a su ejercicio², de forma que nada escaparía a su fuerza. Esto, entre otras cosas, porque el poder no opera, como se había sostenido hasta Foucault, por represión o ideología, sino más bien, como dice en un comentario Deleuze, por normalización y disciplina (2004: 16), lo que implica un carácter productivo inherente a su despliegue, porque el poder produce verdades, formas de veridicción que hacen posible que un sujeto se convierta en el portador ocasional de un enunciado de época.

² Foucault dirá que “donde hay poder, hay resistencia, y no obstante (o mejor: por lo mismo), ésta nunca está en posición de exterioridad respecto del poder” y que “los puntos de resistencia están presentes en todas partes dentro de la red de poder. Respecto del poder no existe, pues, un lugar del gran Rechazo –alma de la revuelta, foco de todas las rebeliones, ley pura del revolucionario” (2002: 116).

El pensador palestino, Edward Said, publicó en 1986 un artículo titulado “Foucault y la imaginación del poder”, donde lleva a cabo una argumentación que vale la pena tener en cuenta. Said dice que se puede pensar en el poder al menos con cuatro objetivos distintos: “1) para imaginarse lo que uno podría hacer si tuviera poder; 2) para especular acerca de lo que uno imaginaría si tuviera poder; 3) para realizar alguna estimación del poder que uno necesitaría para derrotar al poder actual e instaurar un nuevo orden o poder; 4) para postular un ámbito de cosas que no puede imaginar ni ordenar ninguna forma de poder existente en la actualidad” (2005: 232). Para Said Foucault descartaría las dos últimas formas de mirar hacia el poder por considerarlas insurgentes y utópicas, para quedarse con las dos primeras, que remitirían siempre a un lugar en el que el poder no puede ser superado. “En pocas palabras –dice Said–, la imaginación del poder de Foucault está en buena medida con el poder en lugar de contra él, que es la razón por la que las posibilidades tercera y cuarta no le interesan seriamente como asuntos ni de elección moral ni de preferencia política racionalizada” (2005: 232-233). El propio Deleuze se muestra preocupado de la primacía, que establece Foucault, del poder no tanto sobre el deseo, sino sobre los puntos de formación del deseo (2004: 22) que tendrían un efecto represivo sobre la desterritorialización y la fluidez con que éste se agencia.

El carácter problemático del poder foucaultiano radica en que en él se decide precisamente la relación entre los dos ámbitos heterogéneos de lo decible y lo visible. Pero es en este vínculo de necesidad entre dos formas irreductibles, en

este solapamiento e influencia de uno sobre otro –captura mutua dirá Deleuze (2013: 165)–, donde aparece una zona de indistinción en la que pasividad y producción del poder se confabulan en una abertura que compromete al espectador. La imagen de una cárcel como el panóptico es antes un dibujo que un protocolo carcelario que le da vida, es una figuración del encierro que condiciona al lenguaje y lo fuerza a producir más lenguaje. La verdad o el progreso indefinido son imágenes de un hombre guiado por un determinado *telos* más o menos paradisíaco y hacia el cual el lenguaje prolifera estableciendo reglas de conducta de vida, normas, leyes. En otras palabras, en el lenguaje se desarrolla no la imagen sino lo que la imagen por sí misma no podría decir. Deleuze dirá que “el lenguaje no es una visión corregida. Hay que decir entonces que hablar absolutamente es hablar de lo que no es visible en absoluto. Solo entonces, y bajo esta única condición, el lenguaje vale la pena” (2013: 180). Esta premisa de corte wittgensteniana no busca anular el nexo entre lenguaje e imagen, sino comprender que lo que llamamos saber es precisamente una formación histórica determinada por el entrelazamiento entre lo visible y lo enunciable, de forma que ella “dice todo lo que puede decir y ve todo lo que puede ver” (2013: 220). Ahora bien, siguiendo la lectura que hace Deleuze, al situar a Foucault dentro de un cierto kantismo, estas formas a priori que serían las históricamente situadas visibilidad y decibilidad, requieren de un articulador que no sea una forma, sino su condición de posibilidad. Si Kant encontraba en la imaginación trascendental el tercero fundamental entre sensibilidad y entendimiento, en Foucault

este elemento in-formal que hace posible una luz que permite ver ciertas cosas y no otras, y admite un corpus de enunciados sobre algo es el poder.

La imagen del afuera

Si el poder articula el saber, es decir lo que se ve y lo que se dice, debemos atender a cómo opera éste en el campo de la visibilidad, cómo produce visibilidad y un régimen de veridicción, es decir, el conjunto de reglas que ilumina y oscurece el campo de la mirada. Lo verdadero y lo falso que interactúan como meras figuraciones de la veridicción, es decir de su condición de posibilidad³. Y como sabemos, Foucault tenía una preocupación especial por su propia época, donde había visto emerger discursos y visiones singularmente enfocadas en la vida biológica de los individuos. La ficción de una vida separable en dos mitades, una racional y otra animal, que se remonta, como ha mostrado Giorgio Agamben⁴, al menos a los tiempos de la Grecia clásica, adquiere en la época clásica moderna el estatuto de foco central de la acción política. Que Foucault haya encontrado en el panóptico una suerte de paradigma de la realidad contemporánea tiene que ver precisamente con la forma en que un régimen de visibilidad interactúa con el orden de los discursos. El enlace que establece nuestra sociedad

³ Ver: Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica* (2008: 52-55).

⁴ Me refiero a la distinción que encuentra Agamben entre *zoé* y *bíos* en Platón y Aristóteles (2010: 9-23).

disciplinaria y de control entre docilidad y utilidad es posible sólo a condición de contar con una serie de dispositivos de producción de verdades que otros momentos históricos no articularon y cuyo objetivo fundamental es el de fijar o regular el movimiento, la multiplicidad y lo que aparece, ante los ojos modernos, como confuso. Por eso nuestra época es una de cálculos y distribuciones, que han servido para diseñar establecimientos educacionales, hospitales, cementerios, manicomios y lugares de trabajo cómodamente habilitados para la producción, difícilmente habilitados para la reunión sindical o cualquier encuentro en el que se busque horizontalizar las relaciones⁵. El cuerpo del trabajador, su parte animal, es docilizado para que encuentre en la producción controlada y jerárquica (aún cuando de ello no se dé cuenta) la ficción de la dignidad, es decir, el alivio de su parte espiritual. Mientras su primera mitad es adaptada a un trabajo que podría realizar cualquier otro, su alma gana en la individualidad que se conquista con un nombre impreso en la tarjeta de crédito.

Para lograr esta relación virtuosa en la que los propios individuos se gobiernen a sí mismos, se docilicen y funcionen de acuerdo a los tiempos, gestos y usos requeridos por el ejercicio del poder, éste debe funcionar no encima de ellos, sino dentro, discretamente, de forma que cada uno de los individuos sienta y comprenda que la individualización, el control y el endeudamiento que hace girar la máquina del sistema son sus propias acciones soberanas que puede

⁵ Cf. Michel Foucault, "Panopticism" (1984: 206-213).

ostentar con orgullo. Por eso, la acumulación del capital y la acumulación de hombres no son eventos separados (Michel Foucault, 1984: 210) y tienen su verificación en el concepto actual de capital humano. El panóptico, que no es sino una imagen, un esquema de la cárcel “ideal” en la que estos mismos elementos devienen la posibilidad de interrelaciones entre presos, no funciona como una respuesta al ordenamiento jurídico, sino incluso como una fuerza contraria que legitima la pretensión de universalidad de la ley, haciéndola a ella misma un dispositivo más del disciplinamiento. El panopticismo es, en nuestra sociedad, ese lugar oscuro, que la ley se preocupa de no iluminar para evitar que enseguida los focos retornen hacia ella misma y la hagan ingresar en el marco de la mirada de la que espera zafar buscando estar en todas partes. Y si bien, en Foucault, la fuerza del disciplinamiento panóptico cede ante una nueva forma de ejercicio del poder que se integra en el concepto de “población”, donde el grupo humano a gobernar aparece más hermético a la capacidad de visión del soberano y, por tanto, mucho más intervenible a través del control de las variables que lo abarcan que sobre su obediencia, es importante notar que las formas de control, de ejercicio de la soberanía y de gestión de la vida se superponen, coexisten y se alimentan mutuamente⁶.

Independientemente de las fuerzas con que el despliegue del poder hace posible un régimen de visibilidad y un régimen discursivo, siempre hay un “fuera de lugar” que

⁶ Sobre este paso del modelo del panóptico al de la población ver: Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población* (2006: 73-108).

excluyéndose del conjunto de elementos visibles o enunciados, se vuelve una suerte de ejemplo o paradigma de ellos, los ilumina en su calidad de serie, siendo totalmente inmanente a ellos. El paradigma es una imagen que concentra aquellos caracteres que reclaman parentesco, pero que suelen ocultarse a la mirada⁷. La cárcel panóptica calza con esta noción de paradigma, pero específicamente con lo que Foucault va a levantar como el paradigma más extraño y por tanto más oculto y cercano: las “heterotopías”. Estos verdaderos “contraespacios” o espacios absolutamente diferentes que cada sociedad crea como una exclusión de sí misma, un lugar retirado que, sin embargo, propone un marco de visibilidad de todas las cosas, como el panóptico o el jardín persa, lugar de retiro, de paseo, en el que se camina por la estructura del cosmos que ordenaba la sociedad irania. O el cementerio que pasó de contener osarios colectivos a nichos individuales cuando el consumo se extendió a las diferentes capas sociales de nuestras ciudades occidentales, o el museo, donde se apilan los restos intocables del pasado, precisamente desde que nuestra cultura ha buscado romper con la tradición y hacer emerger la historia⁸. Las heterotopías son paradigmas que muestran, en un lugar separado, una figuración del espacio común de la sociedad. Su estar-al-lado (significado del concepto griego de *parádeigma*) las hace regir el espacio común como *lo otro* se vuelve condición de *lo*

⁷ En este sentido, Agamben aborda la noción de paradigma en Foucault (2009: 11-44).

⁸ Sobre las heterotopías y los ejemplos aquí expuestos, ver M. Foucault, “Las heterotopías” (2010: 19-32).

propio. Es la verdad del estar-siendo, difuso y dinámico de una sociedad que siempre se retira al ojo o el propio ojo la retira.

La veridicción indica, entonces, también un ocultamiento, un juego de luces y sombras que dirige y provoca la mirada. Así, en un bello texto de 1966 Foucault dirá –y haremos una analogía entre la ley y el poder a sabiendas que la primera es más bien un dispositivo del segundo– que “la presencia de la ley consiste en su disimulación. La ley, soberanamente, asedia las ciudades, las instituciones, las conductas, los gestos; se haga lo que se haga, por grandes que sean el desorden y la incuria, ella ya ha desplegado sus poderes” (2008: 44); y más adelante agrega: “tan pronto como se lo mira, el rostro de la ley se da media vuelta y entra en la sombra; en cuanto uno quiere oír sus palabras, no consigue oír más que un canto que no es otra cosa que la mortal promesa de un canto futuro” (2008: 55). El poder por medio de sus sofisticados dispositivos, opera sin ser percibido porque nos es demasiado cercano, está, de hecho en nuestro cuerpo y en nuestro lenguaje. Si tratamos de iluminar esa sombra – por ejemplo, a través de la mirada heterotópica– no llegamos a una verdad como las ideas de Platón, sino a una promesa mortal que se desliza hacia el futuro en un permanente diferimiento.

La imagen abierta

La mirada de Said, que parece reducir a Foucault a un teórico de lo “sin salida” de alguna manera pasa por alto que lo que al filósofo francés le interesa no son tanto las continuidades del ejercicio del poder, sino sobre todo la permanente posibilidad y abertura que todo poder deja no para ser deshecho, sino para transformarse en algo distinto. Porque el poder articula lenguaje y visión creando regímenes que posibilitan el hablar y el mirar, produciendo y siendo a su vez el medio en el que estos pueden devenir diferentes. De ahí que tenga una importancia enorme el concepto de “orden” que Foucault enuncia en *Las palabras y las cosas* (texto que aborda precisamente los cambios entre épocas en el campo de la episteme). El orden, de esta manera, remite a una época, en que se despliegan clasificaciones, discursos y prácticas, donde las cosas se relacionan con sentido. Aún la más insignificante relación entre dos o más cosas contiene un orden, una mirada que las clasifica y jerarquiza, las distribuye económicamente, las dispone y las usa. “Cuando establecemos una clasificación reflexionada –dice Foucault–, cuando decimos que el gato y el perro se asemejan menos que dos galgos, aun si uno y otro están en cautiverio o embalsamados, aun si ambos corren como locos y aun si acaban de romper el jarrón, ¿cuál es la base a partir de la cual podemos establecerla con certeza? ¿A partir de qué “tabla”, según qué espacio de identidades, de semejanzas, de analogías, hemos tomado la costumbre de distribuir tantas cosas diferentes y parecidas?” (2010: 13). Y continúa diciendo

que el orden es “lo que se da en las cosas como su ley interior, la red secreta según la cual se miran en cierta forma unas a otras, y lo que no existe a no ser a través de la reja de una mirada, de una atención, de un lenguaje; y solo en las casillas blancas de esta cuadrícula se manifiesta en profundidad como ya estando ahí, esperando en silencio el momento de ser enunciado” (2010: 13). El orden aparece para Foucault como un a priori histórico (2010: 15), donde las cosas simplemente se nos dan como evidentes, aun cuando nuestro interés sea desmontarlas y develar su historicidad, pues aún en ello, están operando series de ligaduras enunciativas que hacen posible que alguien se refiera de esa manera al orden de las cosas. Por eso, que nuestra época se refiera a la biología como médium explicativo de la economía, la política o el actuar del hombre frente a la naturaleza, no es algo asombroso, pues ella se ha configurado como un dispositivo fundamental de nuestra episteme. Asimismo, que el espectáculo y la publicidad articulen la vida contemporánea, modificando y proponiendo una moral determinada, al punto de explicar gran parte de la actividad política, es fruto de la introducción de la espectacularidad como eje de la vida moderna.

En el cuadro *Las meninas* de Velásquez, que analiza en detalle Foucault, hay un soberano, pero este nunca se encuentra en el cuadro, sino como un reflejo especular, que, precisamente por encontrarse fuera (y dentro) de la pintura, ordena toda la representación (2010: 31), pero ese mismo espacio en que supuestamente podría encontrarse el soberano, es también el lugar del espectador, es decir, donde

quien ve el cuadro puede también ejercer sobre él la posibilidad de una mirada soberana, ordenadora y, aún así, anónima. Todo ordenamiento se encuentra, entonces, desde antes que el cuadro mismo, le da sentido, aún cuando es inaccesible, inapropiable. Respecto a la posición del soberano en el fresco de Velásquez, y es que independientemente de dónde resida la soberanía –en el espectador o el rey– de ella se asoma una imagen especular que es simple reflejo de un ser situado frente a la pintura. Es a ese otro soberano que no podemos ver porque está en la misma posición desde la que nosotros observamos el cuadro, que varias de las miradas están dirigidas, es decir, al soberano que es el espectáculo. En el espejo, entonces, se echa de menos el rostro de Velásquez mismo, pintando el cuadro, o el del espectador anónimo que pasea fuera de la escena, “porque la función de ese reflejo es atraer al interior del cuadro lo que le es íntimamente extraño: la mirada que lo ha ordenado y aquella para la cual se despliega”, que, podríamos agregar, constituye su mismo lugar espectacular. “Pero, por estar presentes en el cuadro, a derecha e izquierda, el artista y el visitante no pueden alojarse en el espejo: así como el rey aparece en el fondo del espejo en la medida misma en que no pertenece al cuadro” (2010: 32).

La perturbación que produce la figura espectacular de la soberanía radica en que la vemos y no la vemos, es un lugar indiscernible desde el cual, sin embargo, se ordenan las cosas del mundo. Esto significa que el carácter del soberano por excelencia es el del poder-ser que distribuye. Lo que está en juego en *Las meninas*, desde este punto de vista, no es una

mirada específica, una visión del orden determinado, sino la visión misma y su poder no destinado desde la causa y el efecto. Ese es el gran juego que descubre Foucault en la pintura de Magritte, el de una separación radical entre la *semejanza* y la *similitud*, de forma que el *arché* que está inserto en toda semejanza, deviene una serie infinita de posibilidades de similitudes, donde el árbol se confunde con su hoja y la hoja da forma al árbol, o la pipa alzada sobre el atril se niega a ser clasificada como una pipa. Que la pipa sea pipa o no es algo que incumbe al pensamiento y su rol ordenador, pero no a las cosas, a las imágenes, que siempre pueden ser otra cosa⁹. Sin *arché* ni *telos*, las imágenes sólo remiten a otra imagen, ya siempre diferida y relacionada con otras imágenes¹⁰.

Ya sea para hacer frente o para seguir sus premisas al modo de un dogma, la mirada del espectador lleva a cabo aquello que Rancière ha llamado *reparto de lo sensible*, es decir, la articulación de un “sistema de evidencias sensibles que al mismo tiempo hace visible la existencia de un común y los recortes que allí definen los lugares y las partes respectivas” (2009: 9). Un reparto que divide espacios y tiempos, establece actividades y deberes, designando la forma en que unos y otros se hacen parte de él. El problema

⁹ Cf. M. Foucault, *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte* (2012: 58-69).

¹⁰ En este sentido Deleuze intenta hacer, en sus clases sobre Foucault, un trazado de los regímenes de imágenes, centrándose especialmente en el cine. Argumenta que de una soberanía de las imágenes que parte de un *arché* ordenador, se pasa a una pedagogía de las imágenes y, finalmente, a una donde las imágenes sólo remiten a imágenes. Cf. Gilles Deleuze, *El poder. Curso sobre Foucault* (2014: 381-392).

político de nuestro tiempo es, desde este punto de vista, el de transformar el orden, el de modificar la distribución de las cosas, para lo cual no podemos simplemente suprimir al espectador, sino desocultar la potencia que le es inherente en su uso y proyección de las imágenes. Como bien dice Rancière, el problema no se encuentra tanto en que nuestra época sea la de la proliferación incesante de imágenes, sino mas bien en que estas son dispuestas y ordenadas de una manera determinada. El espectador más que un ser pasivo – que no lo es– se encuentra inmerso en un entramado de especies sensibles que no guardan relación ni con el horror de la guerra ni con su vida cotidiana, sino con *cómo* la imagen es ordenada para que él interprete el horror de la guerra y su vida cotidiana. “El problema –dice Rancière– no es oponer la realidad a sus apariencias. Es construir otras realidades, otras formas de sentido común, es decir, otros dispositivos espacio-temporales, otras comunidades de las palabras y las cosas, de las formas y las significaciones” (2010: 102).

Bibliografía

AGAMBEN, Giorgio. (2009). *Signatura rerum. Sobre el método*. Trad. F. Costa y M. Ruvituso. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.

AGAMBEN, Giorgio. (2010). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Trad. A. Cuspintera Gimeno. Valencia: Pre-Textos.

DELEUZE, Gilles. (2004). *Deseo y placer*. Trad. S. Barei. Buenos Aires: Alción Editora.

DELEUZE, Gilles. (2013). *El saber. Curso sobre Foucault*. Trad. P. A. Ires y S. Puente. Buenos Aires: Cactus.

DELEUZE, Gilles. (2014). *El poder. Curso sobre Foucault*. Trad. P. A. Ires. Buenos Aires: Cactus.

FOUCAULT, Michel. (1984). "Panopticism". En: Rabinow P. (ed.). *The Foucault Reader*. New York: Pantheon Books.

FOUCAULT, Michel. (2002). *Historia de la sexualidad: La voluntad de saber*. Trad. U. Guiñazú. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

FOUCAULT, Michel. (2006). *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*. Trad. H. Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

FOUCAULT, Michel. (2008). *El pensamiento del afuera*. Trad. M. Arranz Lázaro. Valencia: Pre-Textos.

FOUCAULT, Michel. (2008). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Trad. H. Pons. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

FOUCAULT, Michel. (2010). "Las heterotopías". En *El cuerpo Utópico. Las heterotopías*. Trad. V. Goldstein. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

FOUCAULT, Michel. (2010). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Trad. E. C. Frost. México D. F.: Siglo XXI Editores.

FOUCAULT, Michel. (2012). *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte*. Trad. P. E. Rodríguez. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.

RANCIÈRE, Jacques. (2009). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Trad. C. Durán et al. Santiago: Lom Ediciones.

RANCIÈRE, Jacques. (2010). *El espectador emancipado*. Trad. A. Dillon. Buenos Aires: Ediciones Manantial.

SAID, Edward. (2005). "Foucault y la imaginación del poder". En: *Reflexiones sobre el exilio. Ensayos literarios y culturales*. Trad. R. García Pérez. Barcelona: Debate, 229-236.